



ter el descubrimiento, las ofertas que después hizo á Colon en carta de su mano, recordando su cólera, cuando tuvo noticia de su tratado con los españoles, las órdenes dadas á los gobernadores de islas y á los capitanes de los buques, que dieran con él en alta mar, pensaron los palaciegos agrandar al monarca, sugiriéndole una ocasion favorable á su venganza. Insinuaron que Colon no habia venido á Portugal sino para mofarse del rey, y que ostentar allí su descubrimiento era un ultraje, un crimen de lesa majestad. Un biógrafo notable, llamado García de Resende, dice, que «solicitaron del rey tuviera á bien lo matasen allí, para que con su muerte no fuera el descubrimiento á Castilla» (1), y el padre de la historia portuguesa, el célebre Joan de Barros, añade, que «varios caballeros se brindaron á servirle de asesinos» (2).

Resulta de las diversas relaciones lusitanas (3) que los cortesanos encontraban un pretexto plausible para deshacerse de Colon, ya considerando como una ofensa el placer con que detallaba al rey la importancia de la descubierta, ya valiéndose de su extremada vivacidad para provocar una querrela y desembarazarse de su persona.

Pero el rey, temeroso de Dios, rechazó tales ofrecimientos como príncipe cristiano, dice Barros. Por otra parte, su espíritu elevado y su amor á las ciencias y á la navegacion le hacian sufrir mejor que á otro de no tan alta inteligencia, el ascendiente que ejercia la presencia de Colon. Su aspecto dispó las señales de resentimiento y cólera, y prohibió con la mayor severidad cualquiera tentativa sobre su

(1) «El rey foy cometido que ouvesse por bem de lho matarem ahí, porque có sua morte ó descubrimiento naó yria mais avante de Castella.»

García de Resende, *Vida é feitos del Rey dom Joam Segundo*, cap. CLXIII.

(2) «Offereceram-se delles que ó queriam matar, é com isto se evitaria ir este homen á Castella.»—João de Barros, *Da Asia*, decada I, liv. III, cap. XI, p. 246.

(3) En su *Crónica*, manuscrita del rey Juan II, Ruy de Pina, en el capítulo LXVI, confirma tambien esta proposicion de asesinato.

húésped, mandando, por el contrario, que se le tratara con la debida consideracion.

Otros consejeros menos violentos que astutos, reconocian en principio, que habia una obligacion en los monarcas de acoger en sus puertos á los que en ellos se refugiaban; y opinaban porque se dejara salir libre al almirante; pero querian que la cuestion de la descubierta se resolviese con las armas, y que antes de que Castilla hubiera aprestado lo necesario para un segundo viaje, se tomase militarmente posesion del terreno, lo cual sería fácil guiándose por las indicaciones de los dos portugueses que venian en la carabela. Don Juan siguió este consejo, y en seguida combinó su expedicion en secreto.

El lunes se despidió Colon del rey, que le colmó de distinciones, y de cuya orden don Martin de Noroña le fué acompañando hasta gran distancia con todos los señores de la corte, para honrarlo más.

Una urgente invitacion de la reina obligó al almirante á ir al monasterio de San Antonio, donde se hallaba con las principales damas de su servicio. Mucho lo agasajó la esposa de don Juan, y muy complacida quedó con oír sus respuestas acerca de aquel Nuevo Mundo, al que deseaba llevar la ley del Evangelio. Su curiosidad lo detuvo tan largo espacio, que cuando salió para ir á reposar á Llandra estaba cerrada la noche.

Al despertar al día siguiente llegó un escudero á ofrecerle de parte de su señor, si preferia partir por tierra, acompañarlo hasta la frontera, y facilitarle por cuenta de la corona alojamiento, caballos y cuanto necesitase, presentándole al mismo tiempo una mula, que don Juan le regalaba, y otra, con veinte ducados de oro al piloto que iba con él. Pero el almirante prefirió tornar embarcado, puesto que el tiempo estaba mejor. Llegó á la *Niña* aquella misma noche, ya tarde, y al otro día, á las ocho de la mañana, mandó levar anclas, haciendo rumbo á España con N. NO.; mas como cediera la brisa, adelantó poco en la primer singladura.

Llegada de la «Niña» á Pálos.—Recibimiento hecho á Colon.—Llegada de la «Pinta» y fuga precipitada de su capitán Martín Alonso Pinzón.—Colon cumple los votos y torna á su celda.—Sale para la corte.—Su marcha triunfal.—Su entrada en Barcelona.—Acogida que le dispensa Isabel.—Eco del descubrimiento.—Testimonio de la Santa Sede en favor de Colon.—Honores tributados á su ingenio.—Del cuento del huevo.

CAPÍTULO XVII

Beinaban á la sazón en Pálos la zozobra y el desaliento, pues no habia una familia á la cual no preocupara la suerte que hubiera podido haber á un pariente, ó á un amigo: todos temian participarse sus temores, porque los consideraban perdidos para siempre en los abismos de la *mar Tenebrosa*. Siete meses y doce dias iban trascurridos; que tambien los dias se contaban entonces, sin recibir nuevas de aquellos hijos del pueblo, que una orden de los reyes obligó á seguir al gran prometedor genoves; cuya memoria maldecian más de una madre y de una esposa en sus insomnios. Cuál fuera la suerte de los infelices sacrificados así en aras de la ambicion de un visionario extranjero, ni los alcaldes, ni el corredor marítimo Diego Prieto, bien relacionado en la corte, lo sabian.

Así estaban dispuestos los ánimos, cuando el viénes 15 de Marzo, á eso del medio dia, divisaron las gentes del puerto una carabela, que impelida por la brisa, venia montando el Odiel. Presto reconocieron en ella á la *Niña*, que traia en sus palos, además del pabellon de Castilla las banderas de la empresa. Una explosion de regocijo resonó en seguida de uno

á otro extremo del lugar, y en un instante la noticia de la vuelta de la expedicion, y de sus maravillosos descubrimientos circuló hasta la última casa. Cerráronse las tiendas, y en masa se trasladaron los moradores á la playa, y de allí en lanchas á los flancos de la nave. Repicaron á vuelo las campanas, tronó el cañon, se adornaron las ventanas con flores, y se tendieron telas por las calles. «Colon fué recibido con los honores de un rey. Acompañólo el pueblo en procesion, como tambien á su gente, á la Iglesia, donde fué á dar gracias al Todopoderoso, por haber coronado con tan feliz éxito el viaje más largo é importante que se hubiera emprendido jamas» (1). Luégo de tantas alarmas é inquietudes ¡cuál no debió ser el contento de las familias, al volver á estrechar entre sus brazos á los que ya desesperaban de ver en la tierra!

Algunas horas más tarde, mientras que la poblacion entera, trasportada de imponderable alegría, felicitaba al almirante, y con las lenguas de bronce de sus campanas, avisaba á las

(1) Robertson, *Historia de América*, t. I, lib. II, p. 143.



aldeas vecinas el suceso extraordinario, se vió llegar próxima á la *Niña*, otra carabela muy conocida de los moradores de Pálos, y á poco rato descolgarse un bote de su bordo, y seguir rio abajo. Era la *Pinta*, y el que iba en el esquife su capitán Pinzon, que huía.

Arrojado por la tempestad al golfo de Vizcaya, y persuadido Martín Alonso de que haciendo agua, con sus averías y demasiado cargamento, habria perecido la *Niña*, dirigió á los reyes una relacion de la descubierta atribuyéndosela, y pidiéndoles permiso para pasar á la corte y darles cuenta de la expedicion. Para esperar la respuesta venia á su pueblo á gozar del triunfo que se prometia. Mas al notar la bandera del almirante en el palo mayor de su buque, quedó atónito y desconcertado, y temeroso de que su jefe no le impusiera el castigo merecido, se fugó vergonzosamente, con el corazón rebotando hiel en presencia del triunfo del que esperaba suplantar.

De los tripulantes de la *Pinta* no faltaba ninguno, pues de cuantos quedaron en el fuerte de la Navidad, nadie era de Pálos, y con razon pudo Cristóbal repetir á los que lo habian maldecido las palabras del buen pastor: «Ni uno perdí de los que me disteis» (1). El contento de los paleños estaba, pues, en su colmo, al ver que el almirante les devolvía á todos los que le entregaron, y no sabian de qué manera manifestarle mejor su reconocimiento y admiracion.

Los marineros de los alrededores de Pálos hubieran querido ir aquella misma noche á sus casas; pero no pudiendo olvidar el alma piadosa de Colon el voto hecho en frente de las Azores, y que la perfidia del gobernador portugues de la isla de Santa María impidió cumplir sacrilegamente, no les concedió permiso ántes de que tuviera efecto. La promesa consistia en ir á la primera iglesia dedicada á Nuestra Señora que se hallara más inmediata al paraje á que la *Niña* llegase. Ahora el sitio era Pálos, y el templo Santa María de la Rábida, del cual continuaba siendo guardian el P. Fr. Juan Perez

(1) «Quia quos dedisti mihi, non perdidisti ex eis quemquam.»—S. Joan. Evang., cap. XVIII.

de Marchena, que así como celebró la misa solemne para el embarque, entonó el *Te-Deum laudamus* por la vuelta. Parecia que la divina Providencia le tenia reservada tamaña satisfaccion.

La víspera se habian dado gracias al Señor por la descubierta, y al otro día se dieron á la Virgen de la Salud, el áncora de la esperanza del pobre marinero. Patética fué la ceremonia. Todos con los piés descalzos y en camisa, desde el último grumete al almirante, en el mísero traje del naufrago, fueron á rendir homenaje á María, la estrella del mar, por haberlos salvado de la furia del Océano. Seguíalos una multitud, que se asociaba de corazón á sus plegarias y á su reconocimiento.

Veíanse los marineros rodeados y escuchados como oráculos, siendo el orgullo de sus familias: se los disputaban, y sus parientes se reunian para festejarlos. Pero Colon, á pesar de los honores y de los aplausos, se veia en Pálos como en tierra extranjera, y no teniendo más familia que la franciscana, ni más hermanos que los de la Orden Seráfica, tornó á la Rábida, y á ocupar la celda que le reservaba el P. Marchena.

Fácilmente se comprenderá cuán felices no se considerarían uno y otro. Aquella idea que primero tuvieron, ántes de conocerse; aquella fe, que supo dominar el orgullo y las preocupaciones de la ciencia, estaba al fin recompensada. No se engañó Fr. Juan Perez cuando al contemplar la línea azul hacía Occidente, se preguntaba si existirían tras ella tierras habitadas y pueblos á que conducir la enseña de la redencion, pues el árbol santo, la cruz, se habia mostrado en medio de ellos, y la saludaban los inocentes hijos de los bosques, y ya podía cumplirse el anhelo de San Francisco de Asís. Es inexplicable la satisfaccion evangélica y el mútuo consuelo que se experimentó en la pequeña comunidad de la Rábida.

Si nunca en ningún congreso diplomático se conferenció sobre un proyecto de más grande importancia que aquél cuyas bases se discutieron siete años atrás entre Colon y el humilde franciscano, bien puede asegurarse, que jamás se concibió una combinacion más atrevida



que la que al día despues de su llegada bosquejó el almirante para enviar á SS. AA. En provecho de la monarquía española era tal vez mayor y más inmediatamente ventajoso el trabajo, que trazaba con prisa y en el silencio de su celda, que el descubrimiento mismo. En él, completando Colon el despacho que remitió á la corte desde el muelle de Rastrello, hizo el resúmen de su conquista; aconsejó á los reyes rindieran homenaje de lo hallado á la Santa Sede (1), y demandasen su bendicion sobre la empresa, por medio de una bula que la protejiera, é indicó el modo como, para evitar conflictos ulteriores, debian distribuirse las regiones por descubrir entre los dos estados marítimos, que á la sazón se ocupaban en expediciones en el Océano.

Al efecto, imaginó Colon hacer dar por el soberano pontífice, para los descubrimientos de los castellanos al O. un espacio igual al que poseyeran al E. los portugueses; y con el fin de fijar las fronteras de los dos reinos en la inmensa llanura de los mares, propuso un medio de sencillez divina.

Con tanta firmeza y seguridad como si tuviese ante los ojos dibujado en un mapa el globo, del cual más de las dos terceras partes no se conocian, marcó con una audacia sublime, ó por mejor decir, con una tranquilidad angelical; la seccion del Ecuador que ninguno habia pasado, y puso al traves de lo inconmensurable una señal gigantesca, tirando de polo á polo una raya ideal, que dividía la tierra, y pasaba á una distancia media de cien leguas entre las Azores y Cabo-Verde. Para verificar tan singular separacion geográfica escogió precisamente el único sitio de nuestro planeta, que hoy elegiria la ciencia (2): la extraña region de la línea, sin declinacion magnética,

(1) Fernando Colon. *Historia del almirante*, capítulo XLII.

(2) Lo que ofrece de ingenioso, de nuevo, de importante bajo el punto de vista de la física, de la geografía y de la cosmografía esta raya, que indicó Colon, se ha manifestado con admiracion por Humboldt, principalmente en su *Historia de la geografía del nuevo continente*, y en su *Cosmos, ensayo de una descripcion física del mundo*. Esto merece notarse.

moviente imperio en que la transparencia de las aguas, la suavidad del aire, la limpidez de la atmósfera, la abundancia de la vejetacion submarina, el brillo tropical de las noches, la fosforescencia de las aguas, indican una misteriosa marcacion hecha por el dedo de Dios.

Trazado tan colosal es el pensamiento más atrevido que haya imaginado nunca un hombre. Jamas entró tamaña proporcion en un cálculo de medida, y sin embargo Cristóbal, sin espantarse de su propia obra, sin vacilar, sin conocer tal vez lo prodigioso de su operacion, tomó tranquilo sus medidas, y pidió lisa y llanamente que las enviasen á Roma.

Sin duda que todo lo que aducia el almirante en sus consideraciones, para la particion de los terrenos inexplorados entre las dos coronas de Castilla y Portugal, era tan atrevido como lógico, tan osado como desconocido del resto de los hombres, y por este motivo, en razon á los obstáculos que siempre se oponen á lo nuevo, debia provocar objeciones, dudas y resistencia. Pero el mensajero de la Providencia tenia fe en la infalible sabiduría de la Iglesia, depositaria de las verdades del Verbo. Más adelante verémos cuán bien justificó la Sede apostólica su noble confianza.

Los que habian venido con el almirante podian ya descansar de sus trabajos, y gozar del reposo, despues de tantas fatigas y peligros; pero él, á quien la suerte, de cuatro veces, tres señaló para la expiacion de todos, tenia que cumplir los votos á que le obligaba una misteriosa predileccion.

Primero tuvo que ir á Nuestra Señora de Guadalupe con un cirio de cinco libras de peso. En aquel retiro recibió grandes consuelos espirituales, conversó con varones santos, y trabó con ellos relaciones de amistad, que no se alteraron despues. En prueba de su afecto ofreció á los religiosos imponer el nombre de su monasterio á una de las islas que descubriera, y en breve les cumplió la palabra.

En seguida fué á Moguer, al convento de Santa Clara, al cual lo afiliaba naturalmente el cordon de San Francisco, que traía siempre bajo su vestido. Celebróse una misa solemne en accion de gracias, y luégo, cuando vino la



noche, entró solo en una capilla, cuyas puertas se cerraron tras él. Allí debía permanecer hasta el día siguiente en oración.

La luz incierta de la lámpara del santuario, reflejándose en los marcos bruñidos de los cuadros, los bajo-relieves del coro, los sepulcros de los condes de Portocarrero, antiguos señores del pueblo, emparentados con los abuelos de la condesa de Teba, emperatriz de los franceses, que se cubrieron de gloria, unos en pos de otros, en los pasados siglos de hierro, en la guerra contra los moros; las estatuas de sus mujeres y de sus hijas, colocadas al rededor de las paredes sobre sus tumbas, parecía animarlo todo, é imprimir á las inmóviles figuras movimientos siniestros. Un alma de no tan fuerte temple como la de Colon no habria podido rezar allí con calma. Entre aquellos fúnebres recuerdos de la nada y de las pompas humanas fué donde el mensajero del Todopoderoso, delante del tabernáculo, en presencia de Jesucristo, examinó de nuevo su corazón.

Á la mañana siguiente pasó á visitar á sus antiguos amigos el P. Sanchez y Cabezudo, y les suplicó vinieran á Pálos, donde les hizo ver los indios y el oro del Nuevo Mundo (1).

Pero la obligacion del almirante no habia concluido aún, y así, partió para Nuestra Señora de la Cinta, en la misma provincia de Huelva, conforme al voto contraído, es decir, en camisa y descalzo.

Cumplidas las promesas, tornó Colon al convento de su orden, donde lo aguardaba el padre Marchena, su amigo y director espiritual. Y como hubiera estado por espacio de más de siete meses privado del pan de los ángeles, sintió la necesidad de reanimar su alma, de reposar en la benéfica tranquilidad de la regla y gustar del bálsamo reparador del claustro, depositando en el seno de Fr. Juan Perez secretos que nadie ha conocido: lo que sufrió por los hombres, lo que recibió de Dios, sus conjeturas particulares, que nunca confió al papel, sus dudas cosmográficas, sus cálculos indefinidos, bosquejos de su pensamiento, los atrevidos co-

(1) Pleito, Probanzas del almirante. Prim. pregunta. Suplemento primero á la coleccion diplomática.

rolarios de su intuicion; todo quedó guardado en el grande y elevado corazón que latía bajo el burdo sayal de San Francisco. El desahogo de estas dos almas, llenas de tan ardiente entusiasmo por lo bello y lo imperecedero; la libre comunicacion de estos dos espíritus, reflejándose el uno sobre el otro, cándidos en su fe, sublimes en su intuicion, ¡cuán fecundo, cuán rico no debió ser en aspiraciones hácia el Divino Verbo, Redentor nuestro, y de quien procede el amor y la caridad entre nosotros!

No pudo el almirante pasar más que siete dias en la Rábida, porque tenía que trasladarse á Sevilla, á esperar las órdenes de SS. AA., llegando á dicha ciudad poco ántes que el despacho de la corte, que fué dirigido con el siguiente significativo sobrescrito:

Á D. Cristóbal Colon, nuestro almirante de la mar Océana, virey y gobernador de las islas descubiertas en las Indias.

Contenia la letra misiva felicitaciones por su feliz vuelta; le ordenaba tomase en Sevilla sus medidas para una nueva expedicion en mayor escala, y lo invitaba á pasar á Barcelona lo más pronto posible.

Con el mismo mensajero envió Colon á los reyes un plan detallado de organizacion para el armamento de que hablaban; hizo luego en Sevilla cuanto le permitió la localidad, y por último, se puso en camino con los siete indios, que pudieron resistir los padecimientos del viaje, y con los desconocidos objetos que traía.

Sólo despues de la salida de Colon para Sevilla, se atrevió Martin Alonso á entrar en Pálos. También él recibió de la corte una respuesta; pero terrible para su orgullo, y que completaba con su severidad el castigo de su envidia. Este último golpe arrebató su última esperanza; sus rencorosos celos le ocasionaron una fiebre, de la cual murió al poco tiempo. Hombre de mar consumado, habria podido el señor Martin Alonso conservar un puesto glorioso al lado de Colon, y asociar su nombre al hecho inmortal del descubrimiento, si para emplear las mismas palabras del almirante hubiera comprendido *la honra* (1) que le hacia con llevarlo

(1) «No mirando la honra que el almirante les habia hecho y dado, etc.» Mártes 8 de Enero.



á su lado. Por querer ser el primero, cuando no estaba destinado sino á ser el segundo, perdió el fruto de sus trabajos, la recompensa de los peligros que arrojó, y hasta lo que poseía ántes de su partida, la felicidad y la consideracion, y acortó su vida, manchándola ántes con la desercion, la insubordinacion, la violencia, la impostura y el fraude.

Con la rapidez de una comunicacion eléctrica llegó hasta los confines de España la noticia del prodigioso acontecimiento, que se celebraba en Pálos, en Sevilla y en Barcelona. Y como el itinerario de Colon á la corte era atravesando por las más populosas y florecientes provincias, iba agolpándose á su paso un inmenso gentío de Murcia, Valencia, Aragon, Castilla y hasta de las más escondidas aldeas. «Resonaron los caminos y los campos con los vítores de los pueblos, que dejaban todo de la mano para verlo, y salirle al encuentro. Fué su viaje una verdadera marcha triunfal» (1). El tropel que ocasionaba su llegada á cualquier parte lo hacia demorarse.

Su cortejo, más extraño que pomposo, se abria con los marineros de la *Niña*, escoltando la bandera real de la expedicion, que traía un piloto. Luego venian otros cargados con ramas y árboles desconocidos, enormes calabazas, cañas gigantes, magníficos rosales, helechos, algodón en bruto, hierba pincel, pimienta, coco, jengibre, y coronas, máscaras, braceletes y cinturones de oro, penachos de vistosas plumas, magníficos caracoles, lanzas, arcos, flechas sin acero y espadas de madera petrificada; más rezagados, los conductores de brutos nunca vistos, unos vivos, la mayor parte metidos en paja: agutises, guascos, disformes lagartos, serpientes de hermosa piel, conchas de carey y cocodrilos, y detras, al par que el horrible aspecto de dos monstruosas iguanas (2) espantaba la multitud, la aturdía con su grito más de cuarenta loros, agitándose en sus perchas. Final-

(1) Charlevoix, *Historia de Santo Domingo*, lib. II, p. 107.

(2) La más grande, muerta por Colon el 21 de Octubre, tenía siete piés de largo, la otra, muerta por Martin Alonso Pinzon, al día siguientes 22, no tenía más que cuatro piés de largo.

mente, formaban la retaguardia los siete indios (1), engalanados á la usanza de su tierra, con primorosas pinturas blancas y moradas, el reducido estado mayor del virey Colon, de gran gala, y tres escuderos, que pugnaban por contener la gente, ansiosa de contemplar de cerca las facciones del revelador del Nuevo Mundo. Á cada momento, no comprendiendo los indios el significado de las aclamaciones, volvian sus ojos á su padre adoptivo, que los tranquilizaba con una sonrisa.

La historia lo ha justificado; no era para ver los indios y las rarezas que venian en su comitiva; que una curiosidad más noble daba origen á tal solicitud: querian contemplar al almirante (2) y grabar en su memoria las facciones del hombre favorecido por el cielo, que habia franqueado la *Mar Tenebrosa*, y ensanchado los límites de la tierra. Todos los brazos se agitaban, todas las frentes se descubrían: las madres levantaban en alto á sus hijos para que lo vieran, y rezaban por él: aquello era una verdadera ovacion universal.

El héroe cristiano, conmovido por el entusiasmo, la admiracion, los aplausos y las bendiciones de los pueblos, sólo á Dios atribuía su triunfo, al par que le confirmaba la grandeza de la obra para que se dignara escogerlo la Providencia divina.

Habiéndose anticipado el pueblo á las órdenes de los reyes, tuvo que ceder la etiqueta de la corte, que tanto para satisfacer á la opinion pública, como para remunerar de un modo nunca visto un servicio sin igual, preparó al virey una recepcion hasta entonces única.

El 15 de Abril (3), que era en el que debia entrar Colon en Barcelona, salieron á su encuentro gran parte de los habitantes, precedidos de la flor de la juventud, mientras una diputacion de palacio lo aguardaba á las puertas de la ciudad. Como para realzar más esta

(1) Muchos de los indios de Cuba no habian podido resistir los sufrimientos de esta penosa travesía; otros quedaron enfermos en Pálos.

(2) Herrera, *Historia general de los viajes y conquistas de los castellanos en las Indias Occidentales*, década primera, lib. XI, cap. III.

(3) Fernando Colon, *Historia del almirante*, capítulo XLI.